

La Argentina kirchnerista (2003-2015) analizada desde una perspectiva gramsciana. Apuntes para un balance

Gastón Ángel Varesi¹

Recibido: 19-10-2018 / Aceptado: 16-12-2020

Resumen. El artículo se propone analizar las transformaciones tanto en la construcción de hegemonía en el Estado como en el proceso de acumulación de capital transcurridas entre 2003 y 2015 en Argentina. La investigación parte desde una perspectiva gramsciana. Recupera la estrategia teórico-metodológica del análisis de situaciones y relaciones de fuerzas, focaliza en el concepto de *hegemonía* para el abordaje de las relaciones de fuerzas políticas y amalgama otros conceptos convergentes, como los de *régimen* y *modelo de acumulación*, con el fin de profundizar el análisis de las relaciones de fuerzas sociales y el estudio de la estructura socioeconómica que dicha dimensión implica. Asimismo, este enfoque, que articula múltiples dimensiones y escalas de análisis, enmarca el caso argentino en el contexto de relaciones de fuerzas internacionales. Como resultado, se espera poder aportar distintos aspectos claves del análisis político, económico y social para generar un balance del periodo, evaluando los alcances, límites y contradicciones que presentaron tanto el neodesarrollismo argentino como la fuerza hegemónica de aquellos años: el kirchnerismo.

Palabras clave: neodesarrollismo; kirchnerismo; hegemonía; relaciones de fuerzas; estructura socioeconómica.

[en] The Kirchnerist Argentina (2003-2015) analyzed from a Gramscian perspective. Notes for a balance

Abstract. The paper analyzes the transformations both in the construction of hegemony at the State level and in the capital accumulation process, between 2003 and 2015, in Argentina. The research takes a Gramscian perspective, recovering the theoretical and methodological strategy of the analysis of situations and relations of force, focusing on the concept of *hegemony* to approach the relation of political forces and amalgamating other convergent concepts such as *regime* and *model of accumulation*, in order to deepen the analysis of the relation of social forces and the study of socio-economic structure that this dimension implies. Likewise, this approach, which articulates multiple dimensions and scales of analysis, frames the Argentine case in the context of the international forces relations. As a result, it is expected to provide several key aspects of the political, economic and social analysis to generate a balance of the period, evaluating the scope, limits and contradictions presented both by the Argentinean neo-developmentalism and the hegemonic force of those years: Kirchnerism.

Keywords: neo-developmentalism; kirchnerism; hegemony; power relations; socio-economic structure.

Sumario. 1. Introducción. 2. El doble preludeo: la crisis de 2001 y el Gobierno de Duhalde. 3. El Gobierno de Néstor Kirchner. 4. El primer Gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. 5. El segundo Gobierno de CFK. 6. Conclusiones. 7. Bibliografía.

Como citar: Varesi, G. A. (2021). La Argentina kirchnerista (2003-2015) analizada desde una perspectiva gramsciana. Apuntes para un balance. *Polít. Soc. (Madr.)* 58(1), e62036. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.62036>

1. Introducción

Antonio Gramsci (1891-1937), aquel destacado revolucionario italiano, nos ha dejado un legado vivo, indispensable para analizar las sociedades contemporáneas. Esto se debe a que, a pesar de las duras condiciones que debió atravesar como prisionero en una cárcel fascista, logró entrever las tendencias que comenzaban a definir las sociedades complejas, aportando claves para su estudio y transformación.

El concepto de *hegemonía*, que constituye la piedra angular del pensamiento gramsciano, remite en su definición sintética a la dirección política, ideológica y cultural de un grupo social sobre otros. Si el par coerción/consenso es constitutivo de toda relación política, la capacidad de conducción hegemónica implica la predo-

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de La Plata (Argentina).
E-mail: gastonvaresi@hotmail.com

minancia de los componentes consensuales sobre los coercitivos, involucrando la participación de los grupos dirigidos en la visión del mundo del grupo dirigente. Allí yace la posibilidad de hacer aparecer la realización de intereses y proyectos particulares como si fuera una expansión universal, del conjunto de la sociedad, al gestar un desarrollo de todas las “energías nacionales”. Y para ello deben articularse distintas concesiones que el grupo dirigente recupera de los grupos subordinados, con el fin de conformar equilibrios, siempre inestables, dentro de las líneas estratégicas del proyecto encarnado por el grupo hegemónico (Varesi, 2016).

Estos fenómenos que se ubican primordialmente en las superestructuras, entendidas como un conjunto complejo compuesto de distintos elementos políticos, jurídicos, ideológicos y culturales, no pueden ser analizados sin tener en cuenta su relación de reciprocidad, el proceso dialéctico real, que se gesta con la estructura, base socioeconómica de la sociedad donde se definen los modos de producción, y que juntos constituyen un *bloque histórico*, concepto gramsciano de totalidad.

Desde esta perspectiva, nos proponemos analizar distintos factores estructurales y superestructurales con el fin de aportar a la construcción de un balance de los años del kirchnerismo en Argentina. Y para ello recuperaremos la propuesta gramsciana de análisis de situaciones, la cual requiere un abordaje de distintas escalas y dimensiones de relaciones de fuerzas. Dentro de las mismas, proponemos destacar, en primer lugar, las *relaciones de fuerzas sociales* definidas como aquellas estrechamente ligadas a la estructura, que implican analizar la posición y función que los distintos grupos sociales ocupan, en el marco del desarrollo de las fuerzas productivas y las contradicciones que emergen en este proceso. Se abre así el terreno para el estudio de un poder de raigambre primordialmente económica que emerge de los rasgos propios de la estructura. Asimismo, cobran relevancia las *relaciones de fuerzas políticas*, que son caracterizadas por el grado de homogeneidad, autoconciencia y organización de los grupos sociales. Parten de un grado económico-corporativo hacia uno económico general para alcanzar luego la fase estrictamente política “que marca la transición neta de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas” (Gramsci, 2017: 66-67), donde las distintas fuerzas político-sociales disputan la construcción de hegemonía sobre el conjunto de la sociedad, definiendo la unidad de fines políticos, económicos, intelectuales y morales. Buscan así desplegar un proyecto particular en una estrategia que aspira a presentarse como una realización “universal”, estableciendo dicha hegemonía a nivel del Estado. A su vez, estas dimensiones del poder se encuentran enmarcadas y atravesadas por las *relaciones de fuerzas internacionales*. Estas remiten a indagar acerca de las grandes potencias, los bloques de Estado hegemónicos y las relaciones de dependencia o soberanía que ejercen sobre las potencias y bloques menores, en vinculación a los rasgos del modo de producción globalmente dominante.

Así, por un lado, analizaremos la *guerra de posiciones* (Gramsci, 2017), es decir, la lucha por la hegemonía en las distintas “trincheras” que componen una sociedad compleja, atendiendo a las disputas políticas e ideológicas centrales en Argentina entre 2003 y 2015. Para ello, observaremos las líneas discursivas, los proyectos y los principales enfrentamientos como componentes destacados de las estrategias hegemónicas que fueron definiendo la vida del Estado argentino y su vinculación a los distintos grupos sociales que componen la estructura de clases.

Por otro lado, entendemos que el abordaje de la dimensión estructural con eje en la acumulación de capital nos convoca a desplegar diversos conceptos que pueden ser amalgamados en la matriz gramsciana. Para ello, proponemos una estrategia que sintetiza el estudio del proceso de acumulación a partir de tres núcleos conceptuales de variables económicas, políticas económicas y fracciones de clases, al tiempo que establecemos una distinción de escala entre dos categorías centrales: la de *régimen de acumulación* y la de *modelo de acumulación*, dejando al régimen para el abordaje de periodos de más largo plazo y a los modelos como momentos de mayor especificidad que constituyen subperiodos dentro de un régimen de acumulación. En este camino, indagaremos en las dimensiones de *hegemonía y acumulación*, a partir de una estrategia metodológica que combina técnicas cuantitativas y cualitativas, basada en el análisis de documentos, leyes, decretos, discursos e indicadores socioeconómicos, en estrecha vinculación con el enfoque teórico y los objetivos que constituyen el problema de estudio (Varesi, 2013).

El artículo se organiza a partir de una periodización orientada a desentrañar las principales fases de los años kirchneristas, motivada por los siguientes interrogantes: ¿Cuáles fueron los rasgos del kirchnerismo como fuerza político-hegemónica? ¿Qué transformaciones observamos en la estructura económico-social y el régimen de acumulación? ¿Cuáles fueron los alcances, límites y contradicciones presentados? ¿Cuáles son las principales variaciones en las relaciones de fuerzas que nos permiten caracterizar el periodo?

2. El doble prelude: la crisis de 2001 y el Gobierno de Duhalde

El periodo que llevó al surgimiento del kirchnerismo como fuerza político-hegemónica y al régimen neodesarrollista estuvo posibilitado por un doble prelude que constituyó una bisagra en la historia argentina: la crisis del 2001 y el Gobierno de Duhalde en 2002.

La **crisis de 2001** puede ser caracterizada como un principio de *crisis orgánica*, concepto que Gramsci define como un genuino sacudimiento del *bloque histórico*, que afecta a los diversos factores estructurales y superestructurales que caracterizaban al país hasta ese momento.

Dicha crisis atravesó una multiplicidad de dimensiones, evidenciando a **nivel ideológico-cultural** el fin de la hegemonía del denominado “pensamiento único neoliberal”, con su perspectiva de Estado mínimo y libre mercado, que favorecía el dominio indiscutido y naturalizado del gran capital transnacional y los grupos económicos locales. También se manifestó una **crisis política** expresada en la deslegitimación de los partidos como canales de representación, y del bipartidismo como fórmula de gestión de la gobernabilidad postdictadura, lo que marcaba cierta ruptura entre representados y representantes, aspecto clave de las crisis orgánicas según Gramsci (2017). A ello se sumó una crisis de autoridad estatal en tanto el Estado no lograba dar respuestas a las crecientes demandas populares. Finalmente, identificamos una **crisis económica** proveniente del colapso del modelo de la convertibilidad, que constituía la expresión más acabada del régimen neoliberal en Argentina. Este contexto se expresaba, por abajo, en un auge de la lucha popular y, por arriba, en las crecientes disputas al interior de la clase dominante, que buscaban definir el modo de salida de la crisis. Tal contienda enfrentó a núcleos que pujaban por una devaluación contra otros que promovían la dolarización como forma de cristalizar los beneficios que habían obtenido en los años noventa (Castellani y Szkolnik, 2011).

De conjunto, la crisis derivó en una articulación popular que, si bien no logró consolidar un sujeto subalterno unificado con proyecto propio (aspecto de las crisis orgánicas en Gramsci que no se materializó en el caso argentino), sí alcanzó a impugnar el orden vigente, desbordando incluso la estrategia coercitiva del estado de sitio y la represión que culminó con la renuncia del presidente De la Rúa (1999-2001).

Tras la caída de varios presidentes en pocos días, fue elegido por el Parlamento Eduardo Duhalde, *intelectual orgánico* referente de la estrategia devaluacionista, gestando un movimiento en las relaciones de fuerzas sociales y políticas a favor de dichos grupos sociales. El **Gobierno de Duhalde (2002-2003)**, en la dimensión ideológico-cultural, presentó un discurso productivista, retomó componentes del peronismo clásico, mientras que a nivel político desplegó una estrategia de contención/coerción frente al conflicto social, combinando la masificación de planes sociales, donde destacó el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, que se multiplicó rápidamente y alcanzó los dos millones en 2003 como elemento de concesión y consenso. También hubo una ofensiva represiva y criminalizadora contra los movimientos populares que llevó a la “masacre de Avellaneda”, en la que dos militantes fueron asesinados durante la represión a una protesta de trabajadores desocupados, lo que derivó en un adelantamiento de las elecciones nacionales. A nivel económico, se adoptaron un conjunto de políticas que dieron origen a un nuevo régimen de acumulación con un modelo particular.

Podemos delimitar un conjunto de **políticas fundacionales** que marcaron rupturas con el modelo de la convertibilidad y establecieron nuevas regularidades que se sostuvieron a lo largo del periodo de estudio. Las primeras tres fueron pilares mantenidos y profundizados por los posteriores Gobiernos kirchneristas como 1) la devaluación y la política de tipo de cambio competitivo, 2) la implementación de retenciones (tributos) a las exportaciones, 3) el congelamiento y regulación de tarifas de los servicios públicos. Asimismo, hubo otras dos que establecieron compensaciones para la conformación de un nuevo “equilibrio inestable” en el marco de las nuevas relaciones de fuerzas que comenzaban a caracterizar al bloque de poder, como 4) la pesificación asimétrica de deudas y depósitos, que “licuó” las deudas del capital productivo y de las privatizadas, las cuales fueron indirectamente estatizadas luego a través de otra política concadenada, y 5) el “salvataje” al capital financiero, cubriendo las pérdidas del sector por la salida devaluacionista y pesificadora con una nueva emisión de deuda pública de unos 24 mil millones de dólares (Varesi, 2013). Esto se dio en el contexto de otra política: 6) el *default*, establecido previamente en el breve mandato de Rodríguez Saá, que confrontó los intereses inmediatos del capital financiero con el fin de aliviar las cuentas públicas, favoreciendo el cambio de régimen de acumulación. Debe señalarse que este conjunto de políticas económicas durante el Gobierno de Duhalde se aplicó con un sesgo regresivo, descargando el costo de la transición económica sobre los trabajadores, ya que mientras se licuaron las deudas del gran capital, a través de la pesificación asimétrica, con la banca local y se compensaron a los bancos, la inflación arrasó con un tercio del salario real, la desocupación superó el 23%, la pobreza alcanzó 57,5% y la indigencia el 27,5%, expresando el mayor deterioro de las condiciones de vida de las clases subalternas en toda la historia argentina, y profundizando la concentración y extranjerización económica, que luego se convertirían en algunas de las principales contradicciones internas del neodesarrollismo.

3. El Gobierno de Néstor Kirchner

3.1. De la doble debilidad de origen a la estrategia hegemónica

Néstor Kirchner (NK) llegó a la presidencia en 2003 con una **doble debilidad de origen**: a) salió segundo en las elecciones con solo el 22% de los votos, frente al 24% obtenido por Menem, quien desistió de ir al balotaje, y b) fue tutelado por Duhalde, quien lo apoyó con su vasto aparato político y le dejó buena parte del gabinete.

Para comprender la **estrategia hegemónica** debemos resaltar, como primer factor, que el Gobierno de NK enfrentó distintos aspectos inconclusos de la crisis de 2001. Articuló varias de sus demandas y se planteó a sí mismo como momento de sutura y superación, delineando una genuina *guerra de posiciones*, una batalla hegemónica integral desplegada en las “trincheras” que conforman los más diversos ámbitos de la sociedad. En este camino, el nuevo oficialismo comenzó a señalar a las distintas figuras del **neoliberalismo como adversario**, al tiempo que iba construyendo la identidad de su propia fuerza a partir de una recuperación del peronismo clásico. Combinó aspectos culturales de la juventud de los años 70, en la reivindicación de la política como herramienta de transformación social, componentes del progresismo democrático de los 80, revalorizó la democracia y llevó adelante una vasta política de derechos humanos, y un perfil latinoamericanista que influía al ritmo del “giro a la izquierda” que iba modificando las relaciones de fuerzas internacionales en la región.

Un segundo aspecto es el énfasis que se puso a la **restitución del Estado** como articulador social y en su rol de intervención sobre la economía. Este Estado era presentado como emanación de la voluntad popular para reparar al propio pueblo dañado (Muñoz y Retamozo, 2008), en un proceso que ampliaba su *autonomía relativa* para construir nuevos equilibrios inestables tanto al interior del bloque de poder como, particularmente, en relación a las clases subalternas, donde los trabajadores cobraron una mayor relevancia en el discurso oficial.

Un tercer aspecto de la estrategia hegemónica estuvo dado por la construcción de la **fuerza política**, el Frente para la Victoria (FPV). Allí se combinaron tres tácticas: 1) la transversalidad, que implicaba la ampliación frentista hacia actores populares de fuerte impronta antineoliberal junto con sus demandas; 2) la concertación, que involucraba la expansión del kirchnerismo hacia sectores de partidos tradicionales como el radicalismo y el socialismo, y 3) la conquista del Partido Justicialista, que se posibilitó con la superación del tutelaje de Duhalde, la ruptura con este en las elecciones legislativas de 2005, el arrastre del apoyo de actores de fuerte peso territorial como los intendentes del Conurbano bonaerense y el arribo de NK a la presidencia del partido en 2007.

3.2. De la estrategia al modelo de acumulación: proyecto y política económica

La estrategia hegemónica tiene un componente destacado en el **proyecto de gobierno**, el cual cristaliza la dimensión político-ideológica al consignar las tareas que permitirían transitar del momento de crisis a la sutura, en una particular lectura del pasado y una proyección del futuro. Si la matriz ideológica partía de una concepción nacional-popular, en referencia al modelo de acumulación, Kirchner sostuvo: “En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente” (25/5/2003). De este modo, se perfilaba el diseño de un Estado que ampliara su capacidad mediadora y reguladora, con mayores atributos en la gestión del excedente y que proponía una senda de desarrollo con inclusión social. En sus discursos pueden recopilarse diversos factores político-económicos que fueron dando forma al proyecto, tales como su perfil industrialista, la preocupación por el doble superávit, la integración latinoamericana y la política de derechos humanos.

El puente que une el proyecto hegemónico y el modelo de acumulación puede ser mejor comprendido atendiendo a lo que sintetizamos como la *doble lógica del populismo*: 1) como lógica de articulación de demandas, que se singularizan en el líder, y construcción de identidad a partir de la confrontación², estableciendo al adversario en torno a las figuras diversas del neoliberalismo, y 2) el pacto populista³, el cual se presenta como una estrategia de alianzas de clases dirigida desde el Estado, que busca constituir un equilibrio entre fracciones de las clases dominantes, particularmente el capital productivo. Ello abría la pregunta por la burguesía nacional y las clases subalternas, que iban cobrando mayor jerarquía al articular distintas concesiones para la recomposición de sus condiciones de vida. En tanto articulador de demandas ligadas a los polos opuestos de la contradicción de clases, el kirchnerismo incorporó en su interior una tensión similar a la que visualizara James (2006) en el peronismo clásico: la de aparecer por momentos como una salida hegemónica para el capitalismo argentino y, al mismo tiempo, como “el hecho maldito del país burgués”, según decía J. W. Cooke, cuyos componentes plebeyos y “heréticos” eran vistos con desconfianza por las clases dominantes. Así, se fue conformando un sujeto político de construcción ambivalente que contenía componentes normalizadores y sistémicos. Estos se articularon de manera conflictiva con componentes populares y rupturistas, que promovían mayores conquistas para el campo popular.

La combinación de este proyecto con el legado en materia de reforma económica dejado por el Gobierno de Duhalde terminó de dar forma a un **primer modelo de carácter productivo-exportador** dentro del naciente **régimen neodesarrollista**.

Esta caracterización encuentra asidero en distintos aspectos del funcionamiento económico impulsado por las políticas. Así, una política nodal como la de **tipo de cambio competitivo** tuvo diversos efectos: por un lado, dio lugar a la dinamización de las exportaciones favorecida por el aumento del precio de los *commodities* a nivel internacional, lo cual se expresó en que la relación exportaciones/PBI saltó del 11,6% en 2001 al 28,4%

2 Recuperamos críticamente los aportes de Laclau (2005) a la teoría de la hegemonía.

3 Retomamos este concepto desarrollado por Rajland (2008).

en 2002 y promedió el 23,7% durante el Gobierno de NK⁴. Por otro lado, esta dinámica de comercio exterior junto a las **retenciones** a las exportaciones permitieron captar parte de la renta y fortalecer las cuentas estatales, lo que dio origen a los **dos pilares de estabilidad** del modelo: el superávit fiscal y el superávit comercial. Así, entre 2003 y 2007 la Argentina presentó un superávit comercial anual promedio del 7,6% y un superávit fiscal primario del 3,3%; ambos en relación al PBI.

Otro aspecto clave fue la **regulación de tarifas** de servicios públicos. El Gobierno de Kirchner desplegó una estrategia heterogénea que consistió en tres acciones estatales diferenciadas: renegociación, reestatización y creación empresarial. Esta estrategia persiguió tres objetivos: 1) evitar un aumento sustantivo de tarifas, para limitar la inflación y mantener el nuevo esquema de precios relativos favorable a la producción de bienes transables; 2) dismantelar los procesos judiciales que muchas empresas privatizadas en los años 90 llevaban adelante en el Centro Internacional de Arreglos de Diferencias relativas a Inversiones (Grupo Banco Mundial); y 3) aumentar la influencia del Estado en determinadas áreas claves. Las renegociaciones de tarifas procuraron evitar un impacto negativo sobre los sectores populares, al tiempo que se compensó a esta fracción del capital con diversos subsidios. Las **estatizaciones**, como Correos, Aguas Argentinas, Ferrocarriles y Talleres Navales Dársena Norte, y la creación de nuevas empresas públicas, como la energética ENARSA o la empresa satelital ARSAT, marcaron un quiebre con el patrón neoliberal, reposicionando al Estado como agente económico. Este carácter también puede ser visualizado en el rol dinámico de la inversión pública sobre el modelo de acumulación, destinada a diversos rubros como proyectos viales, vivienda y desarrollo urbano, así como la inversión en las nuevas empresas estatales (Varesi, 2013).

Por otra parte, se desplegaron en el **sector financiero** distintos cambios; bajaron las tasas de interés en términos reales y restringieron la especulación de corto plazo. Esto se articuló con una potente negociación para la **salida del default**, cristalizada en el canje de deuda de 2005, que implicó una quita promedio del 43,4% sobre el total que había entrado en cesación de pagos en diciembre de 2001.

La combinación de la política cambiaria de “dólar caro”, con la regulación de tarifas de servicios, las bajas tasas de interés y la inicial caída del costo laboral generaron condiciones favorables para el capital productivo. Esto impulsó un fuerte crecimiento en la **industria**, del 10,3% en promedio anual entre 2003-2007, por encima del PBI, cuya expansión era del 8,8%. Además, asistimos a un importante incremento del empleo industrial, que cortó la tendencia previa a la baja, ya que si en la década 91-2001 el saldo fue la destrucción de puestos de trabajo en la industria al -4,2%, entre 2003 y 2008 hubo una tasa anual promedio positiva del 5,8% (Tavosnanska y Herrera, 2009).

El nuevo modelo habilitó una importante **recomposición de las PyMEs**, que implicó la creación de 87.000 establecimientos entre 2003 y 2007, con rentabilidades muy superiores a las que obtenían en los años 90, cumpliendo un rol destacado en el descenso del desempleo, el cual pasó del 23,5% en 2002 al 7,2% en 2007.

Otras rupturas que permitieron dotar de fuerza hegemónica al proyecto de gobierno fueron las **políticas de ingresos**. Estas consistieron en cuatro acciones principales: a) aumentos anuales del salario mínimo por encima de la inflación, pasando de \$200 en 2003 a \$980 en 2007, lo que supuso un incremento nominal del 390%, en años donde la inflación era relativamente baja⁵; b) impulso a los acuerdos y convenios colectivos de trabajo, centrados en la industria, alentados por cambios en la legislación laboral; c) aumento y extensión de las jubilaciones, del 66% de cobertura del sistema previsional a su universalización (97% en 2015), y d) acuerdos de precios para limitar la inflación.

Estos mecanismos tuvieron impactos diversos: mostraron un *efecto positivo*, que fue al mismo tiempo limitado y dispar. En cuanto al primer aspecto, se advierte un mejoramiento de los indicadores sociales, particularmente en la incidencia en la reducción de la pobreza y la indigencia, que descendió entre 2002 y 2007 del 57,5% al 21% y del 27,5% al 7,5%, respectivamente, y de algunos aspectos de la desigualdad, como aquellos advertidos por el coeficiente Gini, que pasó del 0,537 en 2003 al 0,485 en 2006. Sin embargo, también observamos un *efecto dispar* ya que, en lo particular, se observa una persistente heterogeneización ligada a la fragmentación salarial correspondiente a los distintos tipos de categorías laborales (entre formales e informales, bajo convenio colectivo o sin él, entre el sector privado y el público, y dentro del público entre sus distintos niveles, municipal, provincial y nacional, etc.). Por último, visualizamos un *efecto limitado*, en lo general, ya que si bien los salarios reales comenzaron a recuperarse crecientemente desde 2003, la distribución funcional del ingreso y el salario real promedio quedaron en 2007 aún por debajo de los de 2001, y la informalidad laboral, si bien descendió, quedó en niveles altos, lo que afectó a más de un tercio de los asalariados. Las políticas tuvieron un rápido éxito en mejorar los “pisos” de ingresos, pero grandes dificultades para mover de forma sustancial el “techo” distributivo, determinado por la voluntad del capital de no ceder márgenes de ganancia. Ello se vio tangible con una reactivación del proceso inflacionario que, desde 2007, retornaría ligado a diversos factores, entre ellos, la creciente puja distributiva.

Así, ya durante la fase de ascenso hegemónico del kirchnerismo y su proyecto, podían visualizarse algunas **tensiones estructurales** que se irían amplificando en los años venideros. Además, la estrategia del pacto po-

4 Datos Banco Mundial (2017).

5 Inflación anual: 2003 3,7%; 2004 6,1%; 2005 12,3%; 2006 9,8% (IPC Indec) y 2007 14,8% (IPCBA).

pulista revitalizaba la **pregunta por la** “burguesía nacional”, en tanto interrogante, tanto político como académico, acerca de las posibilidades y alcances de una estrategia basada en el pacto social (de larga tradición en Argentina), que buscaba articular desde el Estado a fracciones de la clase dominante y las clases subalternas. Se indagaba la posibilidad estructural y los límites de complementación de intereses y de concesiones en la conformación del desarrollo soberano procurado.

Si bien dentro del gran capital existen algunas importantes empresas de origen local, su propia lógica transnacionalizada y el predominio general del capital extranjero parecen cuestionar esta perspectiva de complementación buscada desde la óptica gubernamental. Las características mismas del capital productivo-exportador, fracción que aparecía liderando el bloque de poder en el nuevo modelo, parecían quitar base material sólida a este punto de vista: tanto su concentración y extranjerización, su lógica exportadora y el lugar ocupado por el trabajo en su interior, cuestionaban la idea de una potencial alianza policlasista duradera. A esto se le suma, según señala Basualdo (2011), uno de los problemas de la estrategia hegemónica del gobierno de NK: los grupos económicos locales fueron entendidos por el Gobierno como núcleo de la “burguesía nacional”. Esto, sin dudas, proveyó legitimidad al Gobierno en el interior de las clases dominantes pero, sin embargo, permitió consolidar el proceso de concentración económica al reforzar sus relaciones de fuerzas sociales, aumentar su capacidad de incidencia sobre las variables económicas así como de veto sobre las políticas públicas, que sería utilizada posteriormente cuando se deteriorara el vínculo Gobierno/grupos económicos.

A su vez, tampoco parecía hallarse al sujeto “burguesía nacional” en las PyMEs. Ellas, que sí estaban orientadas al mercado interno y que podían verse beneficiadas de un mayor poder de compra de los trabajadores, tenían como límite su propia baja productividad, escala y capacidades tecnológicas, que llevaba a poner a los bajos salarios como condición de la rentabilidad y subsistencia. Esta contradicción se manifiesta, por un lado, en la relevancia cuantitativa que las PyMEs tienen en términos de generación de puestos de trabajo, y por otro, en las magras condiciones cualitativas de estos empleos, con alta informalidad y salarios que eran la mitad que los provistos por las grandes empresas, lo que reforzaba la fragmentación salarial.

El propio carácter fragmentario y desestructurado del capital productivo dejaba un sustrato estructural sumamente endeble para la sustentación de largo plazo de la estrategia del pacto populista. Ahora bien, la ampliación del empleo dada por la reactivación PyME, el aumento de los salarios favorecidos por el excelente desempeño del gran capital con el avance de los convenios colectivos y las políticas de transferencias de ingresos a los sectores populares generaron efectivamente un equilibrio inestable que alcanzó para dar base material a la fase de ascenso hegemónico.

Mientras tanto, aparecían modificaciones en las relaciones de fuerzas en el interior del bloque de poder, con el avance del capital productivo-exportador y una subordinación relativa del capital financiero, vinculada a la pérdida de gravitación de los procesos de valorización financiera y, en particular, de la fracción de empresas de servicios privatizadas, cuyo sector fue regulado en beneficio de los agentes de la producción y el trabajo. Los niveles de ingreso y las condiciones de trabajo de las clases subalternas exhibían mejoras crecientes, en un escenario nacional que empalmaba con el **nuevo proceso latinoamericano**. Los tiempos de la hegemonía norteamericana indiscutida y los organismos financieros internacionales parecían quedar atrás, con el Consenso de Buenos Aires firmado por Lula Da Silva y NK en 2003, el rechazo al Área de Libre Comercio de las Américas en 2005 y el pago por adelantado y fin de los tratados con el FMI. Estas definiciones fueron gestadas en un proceso no lineal que incluía concesiones, como el envío de tropas a Haití y la sanción de la ley antiterrorista. Comenzaba una integración con mayor autonomía para la región, donde proliferaban miradas críticas al neoliberalismo y búsquedas diversas para recomponer las condiciones de vida de los pueblos, dando forma a un nuevo estado de relaciones de fuerzas internacionales.

4. El primer Gobierno de Cristina Fernández de Kirchner

4.1. El conflicto agrario como punto de inflexión

La primera etapa de ascenso hegemónico y la consolidación del modelo de acumulación fueron interrumpidas a poco tiempo de iniciarse el Gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (CFK) con el **conflicto del campo** en 2008⁶. Este tuvo origen con la sanción de la resolución 125, que establecía un régimen de retenciones móviles para cereales y oleaginosas (que variaba según el precio internacional) e implicaba un aumento para la soja, cuyo precio había alcanzado un récord histórico.

Esta coyuntura marcó un punto de inflexión en cuatro aspectos:

6 Un tramo de la investigación donde se profundiza en el conflicto del campo y se distingue la amplia bibliografía producida acerca del mismo puede encontrarse en: Varesi (2014).

- 1) Observamos que los agentes económicos y las representaciones corporativas, vinculados al circuito productivo sojero, que salieron a enfrentar al Gobierno constituían parte de la principal fracción beneficiaria del modelo: la fracción productivo-exportadora del capital. A raíz de largos procesos de concentración y de transformación productiva ligados al agronegocio, estos grupos acumularon suficiente poder estructural, volcando a su favor las relaciones de fuerzas sociales, como para salir a la confrontación abierta al defender sus intereses sectoriales.
- 2) Este conflicto trascendió rápidamente el grado económico-corporativo de las relaciones de fuerzas políticas y se convirtió en un genuino antagonismo. En él se pusieron en debate distintos aspectos nodales del proyecto de sociedad que disputaban la hegemonía en distintas áreas del bloque histórico: el rol de Estado, de la estructura impositiva, la estrategia de desarrollo nacional y los grupos sociales indicados para conducirla, el papel del mercado, entre otros.
- 3) El proceso de lucha dio origen a la conformación de un alineamiento opositor, al presentar una rearticulación dentro del bloque de poder, donde los agentes del agronegocio, sus corporaciones, junto a los partidos opositores, tuvieron a los grandes grupos económicos de la comunicación, particularmente al Grupo Clarín, como *intelectuales orgánicos* destacados. Según Manzanelli y Basualdo, fue en ese contexto cuando el kirchnerismo comenzó a trazar esfuerzos para “disciplinar a las diferentes fracciones del capital que formaban parte del bloque de poder de la valorización financiera, incluyendo ahora a los grupos económicos locales” (2016: 12).
- 4) El triunfo agrario tuvo lugar primero en las calles a través de una amplia gama de acciones colectivas, que gestaron una prolífica activación de diversos sectores de la sociedad civil. Estos desplegaron corte de rutas, asambleas, movilizaciones, escraches a legisladores, entre otros, con lo que consiguieron avances claves en las más variadas “trincheras” de esta disputa hegemónica, hasta llegar luego al propio Parlamento. Allí finalmente se liquidó la estrategia oficial de generar una mayor captación de renta agraria para transferir y aceptar otros engranajes del modelo de acumulación que se percibían claves para el desarrollo, como la industria, la inversión pública en infraestructura o desarrollo social.

Este desenlace conllevó no solo un desgrane de la fuerza oficialista, al perder el apoyo de legisladores aliados y propios, sino que también implicó la fractura de la táctica de concertación, cuyo exponente era el vicepresidente Cobos, de extracción radical, quien definió la votación en contra del proyecto de ley oficial en el Senado y se convirtió por entonces en uno de los máximos dirigentes de la oposición sin dejar su cargo. A la crisis política, agravada por la derrota del kirchnerismo en las legislativas de 2009, donde el propio NK cayó en la provincia de Buenos Aires, se le sumó una crisis económica.

4.2. La crisis mundial y el plan anticrisis

La crisis mundial comenzó a manifestarse localmente hacia fines de 2008, tanto por el impacto en materia de comercio exterior, con fuertes caídas en las cantidades y precios de las exportaciones, como por el ajuste en los planes de producción e inversión de las empresas, que llevó a un panorama de recesión. Ello incluyó una retracción del producto industrial, un aumento del desempleo que alcanzó su punto más alto del 9,1% en el tercer trimestre de 2009 y una fuerte alza en la fuga de capitales, lo que generó la primera gran conmoción en la estructura dentro del periodo neodesarrollista.

Ante el momento de mayor debilidad político-económica del kirchnerismo, el Gobierno de CFK desplegó un ambicioso **plan anticrisis** con una amplia batería de medidas en distintos planos. Una acción nodal que permitió financiar parte del plan y reforzó el rol del Estado fue la estatización de las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP), ligadas a los conglomerados financieros. Esta acción permitió fortalecer el Fondo de Garantía de Sustentabilidad del nuevo Sistema Integrado Previsional Argentino y mejorar las cuentas públicas. En este camino, se lanzó un amplio conjunto de medidas cambiarias, comerciales, impositivas, de incentivo al consumo, entre otras, encaminadas a suavizar el impacto de la crisis mundial sobre la producción y el empleo. Las más destacadas fueron: la cuadruplicación del Programa de Recuperación Productiva que otorgaba a empresas en crisis un subsidio por trabajador para completar salario, a condición de sostener el empleo, el cual llegó a \$197.000 millones (51.842 millones de dólares al valor de diciembre 2009); se aplicó la política de blanqueo de capitales para enfrentar la creciente fuga de los mismos; se desplegó un masivo plan de obra pública de \$111.000 millones entre 2009 y 2011 (29.210 millones de dólares al valor de diciembre de 2009) para infraestructura vial, hábitat social, energía, minería y transporte público. También se orientaron políticas hacia las clases subalternas, como el aumento del salario mínimo y las asignaciones familiares, un plan de creación de mil cooperativas y la Asignación Universal por Hijo⁷, y se sancionó previamente la Ley de Movilidad Jubilatoria con dos incrementos al año.

⁷ La AUH se convirtió en la política social más importante del periodo al proveer cobertura a la niñez a través de un ingreso básico destinado a los menores de 18 años cuyos padres estuvieran desocupados o trabajaran en el sector informal, lo que apuntaló los ingresos de los sectores más vulnerables.

Este plan, alejado de toda receta del FMI, exhibió **resultados** positivos en lo que refiere a la limitación del impacto de la crisis mundial, con aumentos del PBI del 9,2% en 2010 y 8,9% en 2011 (datos año base 1993). De hecho, la reactivación permitió generar un nuevo canje de la deuda en *default*, llegando exitosamente a alcanzar en 2010 al 92,7% del total de los fondos que habían entrado en cesación de pagos en 2001.

Aun en este contexto de recuperación, podían visualizarse diversas **tensiones estructurales** que afectaban al modelo de acumulación. La **industria**, motor de la primera fase, comenzó a desacelerar su intensidad, exhibiendo un incremento del 6,2% entre 2008-2011, afectada por la erosión parcial del tipo de cambio competitivo que empezó a exhibir una tendencia a la apreciación y por la evolución menor de los precios industriales en relación al resto de los de la economía. Más problemático aún fue el descenso en la creación de empleo industrial, cuya elasticidad empleo-producto pasó del 0,5 entre 2001 y 2007 a solo el 0,1 entre 2007 y 2010 (Schorr, 2012).

Otro frente de dificultades económicas comenzó a manifestarse con el surgimiento de la **crisis energética**. Esto se manifestó en que el “saldo de balanza energética se redujo paulatinamente, hasta tornarse deficitario en 2011. Mientras que el intercambio comercial en 2003 cerró en US\$ 4.867 millones, ocho años después, el saldo arrojó una pérdida de US\$ 3.029 millones” (CIFRA, 2012: 10) y el déficit se iría ampliando.

A su vez, comenzó a expresarse una tendencia a la **reticencia inversora** y a la **exteriorización de capitales** por parte del panel de las más grandes empresas. Según señala Manzanelli, “las ganancias no reinvertidas por esta cúpula empresaria contabilizaron 71.688 millones de dólares, mientras que la salida de capitales al exterior alcanzaron a 87.108 millones entre 2008 y 2011” (2015: 95).

Además, una tensión clave se vinculó al mantenimiento de altos niveles de **inflación**, que tras saltar a un 27,1% en 2008 y disminuir al 14,6% en 2009, debido a los efectos contractivos de la crisis mundial, se ubicó en 23,1% en 2010 y 23,4% en 2011.

4.3. Radicalización progresista y recomposición hegemónica

La recuperación económica de 2010 y 2011 se articuló con una potente estrategia de reconstitución de la hegemonía que hemos caracterizado como un proceso de **radicalización progresista** (Varesi, 2011). Frente a la pérdida de adhesiones en la clase dominante y la conformación del alineamiento opositor, el kirchnerismo profundizó la confrontación contra sus adversarios y procuró recostarse sobre los sectores productivos aliados y, principalmente, sobre las clases subalternas. Es necesario señalar que para comprender este proceso no se deben observar solo las políticas públicas, sino la dinámica conflictiva a partir de la cual estas se abrieron paso.

A la contienda con el capital financiero por la estatización de las jubilaciones privadas, se le sumó que la derrota en el conflicto agrario de 2008 había evidenciado la necesidad de disputar la construcción de información, ideas y sentidos, aspectos claves de cualquier estrategia hegemónica, por lo que se dio impulso y sanción a la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual n°26.522. Esta representó una iniciativa democratizadora por su contenido antimonopólico, derivado de la limitación y distribución de licencias que establecía, lo que llevó al recrudecimiento del conflicto que el oficialismo ya mantenía con los grupos concentrados de la comunicación, particularmente el Grupo Clarín, que había sido afectado por la estatización de la televisión del fútbol y su posterior emisión gratuita.

Además, se amplió el peso del Estado en el modelo de acumulación tanto con las acciones y bonos adquiridos por la estatización de las AFJP como también a partir de nuevas estatizaciones como Aerolíneas y la Fábrica Militar de Aviones.

Las políticas hacia las clases subalternas se materializaron en un conjunto de mecanismos de transferencia directa e indirecta. En términos de transferencias directas, a las políticas de alza del salario mínimo, la masificación de los convenios colectivos de trabajo, la ampliación del sistema jubilatorio y su fortalecimiento en términos de recursos, se le sumaron otras. La más destacada fue la Asignación Universal por Hijo, que en 2010 y 2011 abarcó a más de 3,5 millones de personas, llegando al 30% de los menores de 18 años y se amplió en 2011 hacia una asignación por embarazo. En términos de transferencias indirectas, se exhibió una importante apuesta en educación, pasando de una inversión del 3,64% del PBI en 2003 a 6,50% en 2012. Se orientaron recursos a la inserción educativa de los sectores populares, como el plan Conectar Igualdad, y se realizó una fuerte inversión en universidades e investigación científica. En salud, se amplió el calendario de vacunas gratuitas de 8 en 2003 a 19 en 2015, y se desplegaron diversos programas en materia de salud reproductiva y salud mental, junto a un avance en la producción pública de medicamentos.

Asimismo, se conquistaron nuevos derechos civiles como el matrimonio igualitario y, luego, la Ley de Identidad de Género, siendo ambas leyes pioneras en Latinoamérica.

El conjunto de políticas desplegadas tuvieron como impacto una mejora del Índice de Desarrollo Humano, que mide educación, salud e ingresos, el cual pasó de 0,777 en 2008 a 0,804 en 2011 (y 0,822 en 2015).

En ese contexto, fallece Néstor Kirchner en octubre de 2010, cuyo funeral se convirtió en un masivo evento de apoyo popular, con la participación de un importante componente juvenil y el desarrollo de prácticas litúrgicas que perfilaban a Kirchner como un *mito* en la política argentina (Palacios, 2014). El Gobierno fue recu-

perando aceleradamente adhesiones, y superó la crisis con una recomposición hegemónica que llevó a CFK a lograr su **reelección** en 2011 con el 54% de los votos.

Asimismo, las **relaciones de fuerzas internacionales** comenzaban a exhibir un escenario contradictorio. Por un lado, el proceso de radicalización progresista local se articuló con avances sustanciales de la integración latinoamericana de carácter autónomo, de los que Argentina fue parte activa, como la creación de la Unión de Naciones Suramericanas UNASUR en 2008 y de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños CELAC en 2010. Pero, por otro, cobró fuerzas una contraofensiva liderada por el imperialismo norteamericano y sus aliados criollos (Regalado, 2014), que partió con la reactivación de la IV Flota para controlar América Latina y logró su primer éxito con el golpe de Estado en Honduras, por lo que retiró a dicho país del proyecto socialista de integración del ALBA.

5. El segundo Gobierno de CFK

5.1. Las nuevas reformas

El segundo Gobierno de CFK constituyó un periodo marcado por las ambivalencias, con algunas reformas importantes pero también con la manifestación de distintas contradicciones y signos de desgaste.

Con el impulso del triunfo presidencial, tuvieron lugar en 2012 dos políticas de gran relevancia. Una de ellas fue la **reforma de la Carta Orgánica del Banco Central**, la cual dotó a dicha entidad de herramientas para una mayor regulación de la tasa de interés, orientación del crédito y manejo de las divisas para limitar la especulación. Además, instauró un mandato múltiple: ya no debía solo resguardar la estabilidad de la moneda, sino también promover la estabilidad financiera, el empleo y el desarrollo con equidad. Asimismo, modificó la perspectiva liberal de autonomía del BCRA, estableciendo que dicha entidad era autárquica pero debía actuar en el marco de las políticas fijadas por el Gobierno. Esto se dio en un contexto de cambios en el sector financiero, donde descendía el nivel de extranjerización y se incrementaba la gravitación de los conglomerados financieros públicos.

La otra fue tal vez la principal reforma estructural de la era kirchnerista: la **estatización de YPF**. Esta se realizó en un contexto de recrudescimiento de la crisis energética. Vale aclarar que, como sostiene Krakowiak (2016), desde su privatización, YPF había realizado un proceso de desinversión en Argentina que tuvo como contracara utilidades récord que se remitieron al exterior para financiar la expansión mundial de su compradora, Repsol. Esto se evidencia en que, entre 1999 y 2011, mientras YPF obtuvo ganancias por 16.450 millones de dólares, se giraron al exterior dividendos por 13.246 millones de dólares, en el marco de una reducción de la producción de petróleo, que cayó 43%, y de gas, en un 31% (Krakowiak, 2016). Al ser YPF la principal empresa hidrocarburífera del país, esta estrategia de vaciamiento en un contexto de crecimiento de la demanda energética argentina llevó a la crisis del sector.

Hasta el momento, el Gobierno había tomado algunas acciones para incidir sobre la crisis energética: por un lado, la inversión pública generó el 77% de la nueva oferta eléctrica entre 2002 y 2012, principalmente a través de la empresa estatal ENARSA; por otro, intentó la “argentinización” de YPF, favoreciendo la incorporación de capitales locales a la misma junto con Repsol, sin que se modificaran sus tendencias predatorias. La insuficiencia de estas acciones motivó la reestatización del 51% del paquete accionario de YPF, acompañada por el decreto 1277/2012, que restituyó la regulación estatal sobre la producción, refinación y comercialización de hidrocarburos.

Otro hito en materia de soberanía y desarrollo fue el lanzamiento de los satélites de **ARSAT**, empresa estatal que en 2014 lanzó el ARSAT-1, lo que convirtió a la Argentina en una de las ocho naciones en el mundo que desarrollan y producen sus propios satélites geoestacionarios, siendo la primera en Latinoamérica. En 2015, se lanzó el ARSAT-2, de mayor cobertura que el primero y que además permitió ocupar una segunda posición geoestacionaria, disputada por el Reino Unido, garantizando las dos posiciones asignadas para Argentina.

Además, el segundo Gobierno de CFK contó con variadas iniciativas en materia de vivienda, como los créditos Procrear, de incentivo al consumo como el plan de cuotas Ahora 12, el plan de becas de estudio a los sectores populares Progresar, aumentos de la AUH, salario mínimo, jubilaciones, etc. tanto con el fin de sostener la demanda a través del consumo y el empleo, como de mejorar la distribución con orientación al mercado interno, permitiendo vislumbrar acciones orientadas a virar del inicial modelo productivo-exportador hacia uno que terminara de materializar en la economía el proyecto nacional-popular que se esbozaba en el plano de la política.

5.2. Tensiones en la estructura

Sin embargo, otras áreas del régimen neodesarrollista habían sido transformadas de forma insuficiente, lo que generó vías de tensión macroeconómica que se combinaban con la persistencia de relaciones de fuerzas sociales favorables al gran capital, el cual iba defecionando crecientemente de la estrategia kirchnerista del pacto social e incrementaba su poder de veto sobre las políticas públicas.

Un factor que gravitó negativamente fue el alto índice de **extranjerización** económica. La Encuesta Nacional a Grandes Empresas muestra que, por un lado, en el periodo 2012-2015 hubo un descenso en el nivel de extranjerización de las primeras 500 empresas, en tanto aquellas con participación de capital foráneo pasaron de explicar el 78,4% del Valor Bruto de Producción del panel al 74,5% (INDEC, 2017). Sin embargo, una mirada a la serie histórica permite observar que no se alcanzó a revertir el proceso dejado por el neoliberalismo, sino que quedó por encima del 72,5% que las empresas extranjeras tenían en 1997. La extranjerización implica la derivación de excedentes a sus casas matrices en el exterior a partir de distintos mecanismos, como la remisión de utilidades, el endeudamiento con las casas matrices o empresas del mismo grupo y el pago de regalías y honorarios profesionales.

Además, la **matriz productiva** retornó a su habitual carácter deficitario en materia de comercio exterior, ligado al fuerte dinamismo de sectores altamente demandantes de insumos importados, como el automotriz o el polo de ensamble electrónico de Tierra del Fuego, cuyos balances comerciales en 2013 resultaron deficitarios en 5.986 millones y 4.000 millones de dólares, respectivamente (CIFRA, 2015).

En ese contexto, para intentar aminorar de drenaje de divisas, el Gobierno de CFK agudizó controles a las importaciones, controles cambiarios y regulaciones que afectaron al capital transnacional: “En 2012 se aprobó la Ley 26.831, que reguló la salida de divisas por parte de las empresas extranjeras. Esta norma fue complementada en 2013 por la modificación del impuesto a las ganancias, que dispuso el pago de este impuesto por la distribución de dividendos y utilidades de las empresas, y las transacciones de acciones, bonos y otros valores (antes exentas)” (Wainer, 2018: 337).

Se establecieron restricciones a la compra y venta de divisas (denominadas “cepo cambiario”) que, si por un lado, lograron disminuir la fuga de capitales entre 2012 y 2014, por otro, como señalan Porta *et al.* (2017), además de ser impopulares en los sectores medios, generaron una ampliación de la brecha entre el dólar oficial y el paralelo que promedió el 60% en 2013, creando un clima favorable a la especulación e incentivando el turismo al exterior. Ello agravó la pérdida de divisas con una balanza deficitaria de 6.600 millones de dólares en dicho sector.

Este panorama se complicó por la pérdida de dinámica de las **exportaciones**, en el marco de una reversión parcial de los términos de intercambios. Así, las exportaciones, tras alcanzar los 82.981 millones de dólares en 2011, se redujeron todos los años siguientes hasta llegar a su punto más bajo en 2015, de 56.752 millones de dólares. Este proceso de baja de las exportaciones incidió en el desempeño de la balanza comercial que comenzó a deteriorarse desde 2013 hasta llegar a déficit en 2015, primer año del régimen neodesarrollista en que se vulneró este pilar de sustentabilidad.

Todos estos factores convergieron en restituir la histórica **restricción externa**, es decir, la falta de divisas. Como señala Wainer (2018), el Gobierno de CFK buscó recuperar el acceso al crédito internacional atendiendo a cuestiones irresueltas en el **frente financiero**, como la deuda con el Club de París, acuerdos con empresas extranjeras favorecidas por fallos del tribunal del Banco Mundial, entre otros, pero su estrategia fue bloqueada por el fallo desfavorable ante el litigio con los fondos buitres.

Si bien el Gobierno llegó a acordar un *swap* de monedas con China, no se logró evitar la caída de las reservas internacionales, de 46.376 millones de dólares en 2011 a 25.563 millones de dólares en 2015.

Mientras se deterioraba el escenario económico, quitando base estructural a la estrategia hegemónica del kirchnerismo, los grupos del gran capital buscaban resistir los intentos de disciplinamiento y ejercían su poder estructural. Este encuentra sustrato en la persistencia de altos índices de **concentración económica**, factor clave de las relaciones de fuerzas sociales. La Encuesta Nacional a Grandes Empresas muestra que el Valor Bruto de Producción de las principales 500 empresas, si bien presentó un proceso de desconcentración entre 2012 y 2015, pasando de expresar del 26,2% al 24,3% del VBP del total de la economía (INDEC, 2017), estos valores se ubicaron por encima de los años del régimen neoliberal, ya que en 2001 era del 16,6%. Esta concentración también se expresó en las exportaciones, donde hacia fines del periodo de estudio, solo 50 empresas explicaban el 64% del valor total exportado, mientras que en el agro solo 10 empresas exportaban el 63% de los granos. La capacidad del gran capital de incidir sobre el funcionamiento de la economía queda de manifiesto cuando observamos que el sector agroexportador venía generando un fuerte acopio de cosecha de unos 11.400 millones de dólares, lo que aportaba a “secar” de dólares la economía local, incrementando la restricción externa mientras se buscaba forzar una devaluación.

De hecho, los factores de vulnerabilidad externa y las acciones especulativas de grupos exportadores y financieros, en un contexto de restricción al acceso de crédito internacional, derivó en una corrida cambiaria con una devaluación cercana al 30% en 2014. Esta a su vez conllevó un **alza inflacionaria** en dicho año que no fue acompañada por la evolución salarial, lo que deterioró los ingresos de las clases subalternas. Como saldo, según Manzanelli y Basualdo (2016), si bien el salario real promedio en el total de los Gobiernos kirchneristas aumentó un 49,8% entre 2003 y 2015, el tramo final 2012-2015 tuvo una contracción del 1%.

Frente a este contexto, el Gobierno buscó impulsar diversos planes de transferencias y sostener el magro desempeño económico a partir del consumo en el mercado interno. Una política de transferencia con alto costo para el Estado fue el pago de subsidios orientados a mantener el esquema de tarifas bajas favorable a la industria y a los sectores populares. Según Vilas, “tomando 2007 como año base, en 2008 el monto total de

los subsidios a las empresas fue 69% más alto en precios corrientes; 314% mayor en 2011, 597% en 2013 y 1.130% en 2014” (2016: 53). Como la recaudación no acompañó el aumento del gasto público, las **cuentas fiscales** comenzaron a erosionarse, llegando a déficit, lo cual implicó el fin del otro pilar de sustentabilidad del modelo. Así, el resultado fiscal primario en 2012 fue de -0,16% en relación al PBI, siguiendo un camino de deterioro hasta el -1,73% en 2015 (Porta *et al.*, 2017).

5.3. Del desgaste a la derrota

En primer lugar, observamos que si el régimen neodesarrollista se originó poniendo en juego un **modelo productivo-exportador** con fase expansiva entre 2003 y 2008, la derrota del Gobierno para subordinar a los sectores ligados a la renta agraria ese año y luego el cambio de escenario con la crisis internacional y la tendencia a una reversión del inicial contexto de altos precios internacionales, junto a distintas contradicciones internas, fueron desgastando aquel modelo.

Entendemos que, al sostener las bases del régimen neodesarrollista, las políticas de los Gobiernos de CFK comenzaron a marcar un proceso de viraje y transición paulatina hacia un nuevo modelo centrado en el mercado interno y el consumo popular. Pero este **trayecto quedó a medio camino**, atrapado entre las tensiones económicas crecientes, con el deterioro del doble superávit comercial y fiscal, y las dificultades para acceder al crédito internacional, en un contexto de reaparición de la restricción externa.

Pero las tensiones evidenciadas en el último Gobierno de CFK no respondieron solo a causas económicas, sino también a su vinculación dialéctica con fenómenos políticos, ideológicos y culturales, que fueron erosionando el bloque histórico.

Como bien señalan Schunk *et al.*: “Los Gobiernos de matriz popular (o populista), deben su legitimidad política a la implementación de lo que podemos llamar un ‘modelo económico distributivo’ asentado sobre la promoción del consumo popular, las mejoras en el empleo, en los ingresos del trabajo y en el gasto público social” (2014: 7). El desarrollo de este tipo de modelo en un país periférico tiende a generar un conjunto de obstáculos estructurales que, si no son resueltos, limitan su capacidad de sostenerse en el largo plazo en tanto “provocan una acumulación de desequilibrios macroeconómicos que finalmente obstruyen la senda de la expansión con equidad” (2014: 8). Y es frente a las dificultades reales que el *establishment* opera ideológicamente identificando las tensiones económico-sociales con la acción populista. Aborda temas sensibles para la población, como la inflación o el cepo cambiario, que son imputados sencillamente a las políticas erróneas y/o animadas por la corrupción, evitando cuidadosamente ahondar en el cuadro estructural que esos fenómenos expresan, y de ahí pasan a proponer una solución simple: el cambio de gobierno (Schunk *et al.*, 2014).

Estas operaciones ideológicas, amplificadas por la concentración de los medios de comunicación, lograron tener un éxito creciente por diversos factores. Al deterioro de la base estructural evidenciada en las tensiones económicas, se le sumaron una serie de tensiones en el nivel de la política.

Aquí es donde notamos distintos factores de **desgaste de la estrategia hegemónica** desplegada por el kirchnerismo. La pérdida de aliados y el desgranamiento de la fuerza propia tuvieron un momento importante en la fractura ejercida con la conducción de una parte del movimiento obrero, la **CGT de Moyano**, actor que el Gobierno de NK había impulsado para unificar al conjunto de la CGT en el marco de la estrategia del pacto social. El intento del moyanismo de ganar mayor peso en el interior del Gobierno kirchnerista ya se prefiguraba tras una enorme demostración de fuerza en el acto de River en 2010, donde el líder sindical instó a los trabajadores a “dejar de ser un instrumento de presión para pasar a ser un instrumento de poder”. Esto fue parte de un trayecto donde las organizaciones sindicales buscaron superar sus posiciones corporativas y avanzar hacia la representación política, lo que conllevó crecientes fricciones y derivó en el alejamiento del moyanismo en 2012 (Natalucci, 2016), que luego encabezaría diversos paros y protestas gremiales contra el Gobierno de CFK.

Aquel año, CFK buscó revertir este escenario consolidando su base de apoyo e intentando un relanzamiento de la transversalidad, enfocada en los sectores que sustentaban la profundización del proyecto y que habían sido protagónicos del proceso de radicalización progresista. Así, convocó a la conformación de **Unidos y Organizados** con el fin de afianzar la articulación de fuerzas de diversa raigambre, incluyendo a La Cámpora, el Movimiento Evita, el Partido Comunista, Nuevo Encuentro, M.I.L.E.S., Kolina, entre otras, que venían participando en el FPV.

Sin embargo, en 2013 el FPV sufriría nuevamente una fractura, liderada por Sergio Massa, que dio origen al **Frente Renovador**. Este espacio, el cual discursivamente planteaba sostener los avances concretados por el kirchnerismo, se proponía como alternativa opositora al mismo y se impuso en las elecciones legislativas de 2013 en la provincia de Buenos Aires.

Por otra parte, en 2014 la **Asociación Empresaria Argentina** presentó su programa político y económico de convergencia y unidad opositora, aglutinando a los principales grupos de capital local y transnacional con empresas como Arcor, Techint, los grupos Roggio y Clarín, los laboratorios Bagó y Roemmers, la Fiat, el Banco Santander Río, entre otros (Vilas, 2016). Esto se dio, a su vez, en un contexto de creciente **enfrentamiento con sectores del poder judicial**, en el marco de la propuesta kirchnerista de democratización de la justicia

y la imposibilidad de aplicar leyes nodales como la de Comunicación Audiovisual para desconcentrar dichos medios, a partir del apoyo de actores del poder judicial a la estrategia del Grupo Clarín.

Asimismo, encontramos problemas en la estrategia hegemónica de tipo coyuntural. Boron (2016) señala un conjunto de **causas inmediatas** que evidenciaron distintos errores de campaña e incidieron en la derrota del balotaje de 2015. En primer lugar, el hostigamiento por parte de la conducción kirchnerista durante años a Scioli, expresión del ala más conservadora del oficialismo, que había sido vicepresidente de NK y luego gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 2007 y 2015, quitó posibilidades a quien finalmente CFK eligiera como candidato. Asimismo, el feroz enfrentamiento que se gestó entre las fórmulas del FPV que competían en la interna por gobernación de la provincia de Buenos Aires restó fuerzas al desempeño electoral, lo que derivó en una derrota que fue clave para el triunfo de Macri, candidato de la alianza Cambiemos, a nivel nacional. Y finalmente, el estilo de campaña negativa, basada en resaltar lo pernicioso que sería un Gobierno de Macri y la estrategia de solo defender “hacia atrás” lo logrado, dificultó poder mostrar cuáles serían los lineamientos a futuro, sin tomar en cuenta, además, que las encuestas indicaban que amplios sectores de la sociedad querían algún tipo de cambio. Si bien Boron señala que, llegado el balotaje, hubo un rol destacado de las masas militantes que se volcaron en las calles para evitar el retorno al neoliberalismo, esto no alcanzó para remontar el escenario adverso, en un contexto de fuerzas internacionales donde la estrategia norteamericana avanzaba contra los gobiernos del regionalismo autónomo. Así Macri, tras haber quedado segundo en la primera vuelta electoral, logró imponerse en el balotaje, poniendo fin a la hegemonía kirchnerista y al régimen neodesarrollista que se venía desplegando.

6. Conclusiones

El análisis de relaciones de fuerzas articulado en los ejes de construcción de hegemonía y el proceso de acumulación de capital, aplicado al caso de Argentina, nos permite alcanzar distintas conclusiones para aportar al **balance** del periodo 2003-2015.

El surgimiento del kirchnerismo como fuerza político-hegemónica contó con un doble prelude: el principio de crisis orgánica en 2001 y el Gobierno de Duhalde de 2002. En este contexto, se instituyeron cambios estructurales. Comprendemos al neodesarrollismo como un régimen de acumulación que presentó rupturas frente al régimen neoliberal: un predominio de los sectores de la producción y el trabajo, lo que conllevó una subordinación relativa de las fracciones financiera y de servicios, alterando las *relaciones de fuerzas sociales*, sumado a una potente política de inclusión social y recomposición de las capacidades estatales de intervención económica y social. Pero también contuvo continuidades, como la permanencia de altos índices de concentración y extranjerización, y una inserción subordinada en el mercado mundial, con lógicas que diversos autores (como Féliz, 2011 y Svampa, 2013) plantean como extractivistas. La articulación entre las políticas, el desempeño de las variables económicas, los cambios en el bloque de poder y el contexto internacional motivaron la configuración de un modelo productivo-exportador, como primera experiencia del neodesarrollismo.

El Estado ganó presencia y dinamismo siguiendo la estrategia hegemónica basada en la *doble lógica del populismo*. Esta constituyó una de las claves del kirchnerismo: la articulación de demandas y la construcción de identidad a partir de la confrontación y la búsqueda de forjar un pacto social para constituir equilibrios inestables entre los diversos grupos sociales convocados a realizar el proyecto de “crecimiento con inclusión social”, procurando el desarrollo productivo con mejoras sustanciales en las condiciones de vida de las clases subalternas. Así, la matriz ideológica nacional-popular se combinó con diversos factores, influida por el cambio en *las relaciones de fuerzas internacionales* y el surgimiento de procesos de autonomía regional.

El año 2008 marcó un punto de inflexión ya que, desde las propias fracciones beneficiarias del modelo, se originó una fractura que limitó la capacidad del Estado de apropiarse de mayor renta agraria para distribuir y, en términos hegemónicos, dio origen a una nueva articulación opositora que comenzó a recuperar elementos de la matriz neoliberal como proyecto. Aun así, la audaz estrategia para enfrentar la crisis mundial y el proceso de radicalización progresista ayudaron a la recomposición económica y hegemónica que habilitó la reelección de CFK en 2011.

Sin embargo, las exportaciones comenzaron a perder peso como eje de acumulación y la industria también se vio afectada. Así, el primer modelo del neodesarrollismo, de carácter productivo-exportador comenzó a evidenciar elementos críticos. Entendemos que se intentaron resolver las tensiones transitando hacia un modelo más propiamente nacional-popular basado en el mercado interno. Pero la persistencia de continuidades estructurales, como los altos índices de extranjerización, tensionaron el carácter nacional del proyecto y la elevada concentración económica limitó su desarrollo popular. Si bien hubo políticas de aliento a las cooperativas, tampoco logró desarrollarse de modo suficiente una economía popular y solidaria basada en las clases subalternas. La persistencia de una matriz productiva desestructurada, el carácter aún dependiente de la economía local y su inserción subordinada en la división del trabajo mundial añadieron tensiones junto a la potente capacidad de veto por parte del gran capital, que iba defecionando del pacto social.

Así, el desgaste del desempeño económico y de la estrategia hegemónica, con deterioro del propio frente político, ligado entre otros factores a la pérdida de vitalidad de la transversalidad, el fracaso de la concertación plural y las fracturas con importantes sectores del sindicalismo y del núcleo original del FPV habilitaron un cambio en las *relaciones de fuerzas políticas* que favoreció la conformación de una alternativa opositora. Al ser demasiado “hereje” para el *establishment* y sin haber logrado forjar un poder popular suficiente, el kirchnerismo cayó ante Cambiemos, cuyo nuevo Gobierno cortó de raíz los principales aspectos del régimen neodesarrollista, dando origen a un proceso de restauración neoliberal y neoconservador.

7. Bibliografía

- Anigstein, C. (2019): “La irrupción del sindicalismo neodesarrollista: la CGT y los gobiernos kirchneristas (2002-2012)”, *Estudios del Trabajo*, 57, pp. 1-26.
- Banco Mundial (2017): “Exportaciones de bienes y servicios (% del PIB). Datos sobre las cuentas nacionales del Banco Mundial y archivos de datos sobre cuentas nacionales de la OCDE”. Disponible en: <https://datos.bancomundial.org/indicador/NE.EXP.GNFS.ZS?locations=AR> [Consulta: 1 de octubre de 2017].
- Basualdo, E. (2011): *Sistema político y modelo de acumulación. Tres ensayos sobre la Argentina actual*, Buenos Aires, Cara o Ceca.
- Boron, A. (2016): “Argentina 2016: Claves de una derrota”, *Cuadernos Marxistas*, 10, pp. 8-20.
- Castellani, A. y M. Szkolnik (2004): “Devaluacionistas y dolarizadores. La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la Convertibilidad. Argentina 1999-2001”, Actas de VI Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- CIFRA (2012): *Informe de Coyuntura*, 9, Buenos Aires, CTA.
- CIFRA (2015): “La naturaleza política y la trayectoria económica de los gobiernos kirchneristas”, *Documento de trabajo*, 14.
- Félez, M. (2011): “¿Neo-desarrollismo: más allá del neo-liberalismo? Desarrollo y crisis capitalista en Argentina desde los 90”, *THOEMAI*, 23, pp. 72-86.
- Gramsci, A. (2004): *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Gramsci, A. (2017): *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*, Buenos Aires, EDICOL.
- INDEC (2017): “Encuesta Nacional a Grandes Empresas año 2015”, Buenos Aires, Ministerio de Hacienda.
- James, D. (2006): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Krakowiak, F. (2016): “Recuerdos del saqueo”, *Página 12*, 31 de mayo.
- Laclau, E. (2005): *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- Manzanelli, P. y E. Basualdo (2016): “Régimen de acumulación durante el ciclo de gobiernos kirchneristas. Un balance preliminar a través de las nuevas evidencias empíricas de las cuentas nacionales”, *Realidad Económica*, 304, pp. 6-40.
- Manzanelli, P. (2015): “Aportes al estudio de la formación de capital en la Argentina actual (2002-2012)”, *Ensayos de Economía*, 45, pp. 71-98.
- Muñoz, M. y M. Retamozo (2008): “Hegemonía y Discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de ‘pueblo’ en la retórica de Néstor Kirchner”, *Perfiles Latinoamericanos*, 31, pp. 121-149.
- Natalucci, A. (2016): “Las recientes transformaciones en el mundo sindical”, *Espectros*, 2, pp. 1-9.
- Palacios, N. (2014): “¿Del hombre al mito? Prácticas y representaciones de jóvenes militantes en torno a la figura de Néstor Kirchner”, *Actas del XI Congreso Argentino de Antropología Social*, Rosario, Argentina.
- Porta, F., J. Santarcangelo y D. Schteingart (2014): “Excedente y desarrollo industrial en Argentina: situación y desafíos”, *Documento de Trabajo del CEFIDAR*, 59.
- Rajland, B. (2008): *El pacto populista en la Argentina (1945-1955). Proyección teórico-política hacia la actualidad*, Buenos Aires, CCC.
- Regalado, R. (2014): “Guerra de posiciones en América Latina”, *Actas del XVIII Seminario Internacional Los Partidos y una nueva sociedad*, México.
- Schorr, M. (2012): “Industria y neodesarrollismo en la posconvertibilidad”, *Voces en el Fénix*, 16, pp. 14-25.
- Schunk, R., E. Riegelhaupt y L. Rodríguez (2014): “Dilemas recurrentes del modelo de crecimiento distributivo en un país periférico”, *Realidad Económica*, 282, pp. 10-30.
- Tavosnanska, A. y G. Herrera (2009): “La industria argentina a comienzos del siglo XXI. Aportes para una revisión de la experiencia reciente”, en Müller, A., coord., *Industria, desarrollo, historia. Ensayos en homenaje a Jorge Schvarzer*, Buenos Aires.
- Svampa, M. (2013): “La década kirchnerista: Populismo, clases medias y revolución pasiva”, *LASAFORUM*, 4, pp. 14-16.
- Varesi, G. A. (2011): “Argentina 2002-2011: Neo-desarrollismo y radicalización progresista”, *Realidad Económica*, 264, pp. 33-59.
- Varesi, G. A. (2013): *Modelo de acumulación y hegemonía en la Argentina post-convertibilidad, 2002-2008*, La Plata, Memoria Académica.
- Varesi, G. A. (2014): “El ‘conflicto del campo’ de 2008 en Argentina: hegemonía, acumulación y territorio”, *Geograficando*, 10 (2).
- Varesi, G. A. (2016): *Hegemonía y lucha política en Gramsci. Selección de textos*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.
- Vilas, C. (2016): “Política, Estado y clase en el kirchnerismo: una interpretación”, *Realidad Económica*, 305, pp. 33-63.
- Wainer, A. (2018): “Economía y política en la Argentina kirchnerista (2003-2015)”, *Revista Mexicana de Sociología*, 80 (2), pp. 323-351.